

VI Domingo de Pascua (25-05-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Permítame presentarles al Padre Diego Ordoñez, que ha estado trabajando de diácono en Chorrillos y ha sido ordenado sacerdote. También ha trabajado en Breña y ahora está estudiando en México teología para podernos enseñar a todos bien la doctrina del Señor. Y también está el Padre Manuel Yataco, que es su compañero y también hace poquito lo ordené. Él está trabajando aquí en el Cerro San Cristóbal, y ha traído ahora a todos sus acólitos para que nos acompañen.

Ambos al inicio me decían (mucho más Diego): “Por qué usted me ha mandado a Chorrillos allí en un pueblo joven de castigo”. Y yo le digo: “No es castigo, sino que yo experimenté el mejor momento de mi vida y mi vocación cuando fui a trabajar con los pobres”.

Digo esto porque ambos, con esa experiencia, han hecho lo mismo que esta semana el Santo Padre ha contado en la audiencia general del miércoles a toda la gente, a la que agradeció por el apoyo, la oración y la cercanía que le tenemos en todo el mundo. Y nos recordó que todo lo aprendió por obra del Espíritu Santo que lo sumergió en la vida del Perú. Y lo sumergió, especialmente, en Chiclayo; también en Chulucanas y en Trujillo. Y eso lo hemos visto todos en las fotos, siempre cercano, sobre todo, cuando había inundaciones y estaba ahí con sus botas de

gebe; o cuando había que subir a los pueblos en su caballo o en su burro.

Y es que el Espíritu Santo, como él mismo lo ha dicho, nos lleva por caminos inéditos; y es cuestión de dejarnos llevar por Él. Eso retrata exactamente lo que es la vida cristiana. De tal manera que, yo siempre digo a los seminaristas, no vayan a creer que yo les estoy poniendo cargas que no pueden cargar, pero sí tenemos que ir por los caminos que el Señor nos dice. Y Robert Prevost, ahora León XIV, lo recuerda muy claramente.

El tiempo de la misión nos constituye en verdaderos cristianos. Y, hoy día, el Evangelio de Juan (14,23-29) lo dice: “*El que me ama guardará mi palabra*”. Cuando uno recibe un regalo, uno corresponde; pero, a veces, pensamos que, como el Señor nos ama y nos hace cristianos, lo que hay que corresponderle es con lo que nosotros inventamos. Entonces, le prendemos velitas o le reventamos cohetes, porque tenemos varias imágenes que no son el Dios que nos ama.

Esas imágenes de Dios que nosotros nos hemos formado como todos los pueblos de la tierra, las construimos nosotros con la mayor sencillez y sinceridad, pero no alcanzan a reconocer que Dios nos ama, gratuitamente y nunca nos abandona. Más bien, creemos que, como estamos solos, nos va a abandonar y, entonces, de repente me va a castigar y, para evitar eso, le reviento un “cuetón” para que se “quede tranquilo”.

Hermanos y hermanas, el Señor no hace daño. Esos son los dioses que nos formamos los humanos, porque los seres humanos hemos sido creados para Dios. Como bien lo ha dicho muy lindo repitiendo esa frase de San Agustín al inicio de su ministerio de Santo Padre “nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que descanse en ti”. Y, como siempre estamos inquietos por Dios, nos hacemos imágenes falsas y pensamos que Dios ama, pero también castiga. Eso lo creía Israel en el Antiguo Testamento.

Esa frase terrible que hay en el Deuteronomio: “*Yo amo a los que me aman y odio a los que me odian, y destruyo sus personas*”. Si eso fuese así, entonces ¿para qué me ama? Ese es un invento que en la Biblia existe porque está mezclado lo que Dios nos revela con el lenguaje humano, y hay ciertas personas que agregan lo que sienten.

Pero nosotros creemos realmente como cristianos que, por Jesús, Dios nos ama y no nos va a quitar su amor jamás. Pero, de vez en cuando, tenemos actitudes contradictorias. Por ejemplo, cuando el niño se porta mal, le decimos: “¡pórtate bien que si no Dios te va a castigar!”. Entonces, le cambiamos la imagen de Dios al niño.

La vida cristiana es un constante ir depurándonos de las cosas que no son Dios. Consiste en ir profundizando de tal manera que nuestras imágenes religiosas, por más sinceras que sean, al ser imperfectas, no alcanzan la maravilla de la revelación de que Dios está con nosotros. Eso lo ha dicho hoy el Papa León XIV en el balcón de San Pedro, reafirmando que Dios está siempre con el ser humano y no

se retracta, lo acompaña siempre, lo perfecciona, lo ayuda, y lo lleva por sus caminos.

Por eso, hermanos y hermanas, “guardar la Palabra” no es una especie de “esconder” las cosas en el ropero. Es actuar como María, que guarda las cosas de Dios en su corazón, es decir, las rumia, las siente, las medita siempre y trata de discernirlas y ver dónde está Dios en las situaciones. Eso nos vuelve sabios, por eso María es la Sede de la Sabiduría, porque nos hace personas pensantes, no cristianos en serie que repiten las cosas igualitas.

Hoy día, nos da mucho ejemplo el Libro de los Hechos de los apóstoles (15,1-2.22-29) porque hay un lío en la comunidad porque la gente que no era de origen judío y de otras religiones ya empezaba a enterarse de Jesús. Entonces, los cristianos del judaísmo comenzaban a imponer ciertas reglas: “Si no se circuncidan como lo manda Moisés, entonces, no se salvan”, les dicen. Bueno, ahí tienen el primer problema, pero Pablo y Bernabé que habían visto que la gente recibía el espíritu independientemente de las costumbres, se amargan y organizan a un grupo para que vaya a Jerusalén a preguntar cómo es el asunto.

Se reúne la iglesia de Jerusalén para tratar el tema y, finalmente, les mandan un mensaje a los pueblos paganos: “Nosotros nos hemos reunido y junto al Espíritu Santo hemos decidido no imponerles cargas que no son las necesarias para vivir”. Por lo tanto, pueden ser cristianos sin ser circuncidados.

Esta situación es la misma que ocurre hoy cuando nosotros decimos que ser cristiano es dejarse amar para poder amar. Pero siempre están los que se oponen y piensan que, para ser cristiano, hay que cumplir unas normas que hemos aprendido todos desde la casa, en el colegio y toda la vida en el Perú. Y, ¿cómo resulta que “amamos” en el Perú? A patadas...

Tenemos la costumbre de decir: “la letra con sangre entra, si no te chanco”. Miren qué manera de amar. Es como ese chiste de Mafalda en donde hay una niña que está llorando y su mamá le propina un bofetón y le grita: “¡Paz!”. Y Mafalda la mira y le dice: “Alegórica, la señora”.

A veces, enseñamos así el amor en nuestra sociedad. Se nos han pegado costumbres que no son el amor de Dios. Siempre, en el amor, se enseña las cosas con paciencia, con inteligencia, con la palabra adecuada, con el diálogo. La Iglesia dice “nosotros y el Espíritu Santo hemos decidido”, porque las cosas se arreglan conversando. Esto es, hoy día, urgente, por eso, el Papa Francisco nos dejó ese legado de ser todos hermanos en estas circunstancias.

Y, ¿qué ha dicho en estos días el Papa León XIV? Que este es el tiempo del amor. Y hay quienes se preguntan cómo puede ser el tiempo del amor cuando vemos que hay odio por todos lados, nos están matando en las calles, se está botando a los migrantes y estamos todos en guerra. Pues es el tiempo del amor a pesar de todo, porque los seres humanos estamos hechos para amarnos, tenemos los ojos para mirar y para apreciar, no para odiar. Cuando uno abre

los ojos sabe que el Otro existe y contempla su verdad y su amor.

Por eso, este es un tiempo precioso para recordar que la fe cristiana tiene una misión importante: recordar nuestra humanidad desde la fe cristiana. Y, por eso, nos ha venido ahora un Papa que tiene la “chispa peruana” para poder anunciar con alegría toda la esperanza y que, además, no ha prendido nuestras mañas.

Cuando los misioneros pasan por aquí siempre dicen: “Nosotros fuimos a evangelizar y el pueblo nos evangelizó”, ósea, “fuimos por lana y salimos trasquilados”. Y eso es porque nuestro pueblo nos enseña mucho.

La Iglesia, hoy día, tiene la misión de recoger las iniciativas interesantes que la gente tiene en su religiosidad para seguir construyendo. Y, por eso, en los últimos años, el Santo Padre Francisco, que tenía ese sentido pastoral ha dicho que hay que poner en el corazón del Pueblo de Dios a la Iglesia; no solamente para que asistan a misa y sean pasivos y los sacerdotes decimos todo lo que hay que hacer, sino para preguntarle al pueblo cómo piensa y cómo podemos hacer la Iglesia juntos.

Si eso no lo hacemos, entonces, reducimos todo a la idea de que el Espíritu Santo es nuestra posesión privada y le pertenece a un monopolio. No es así, hermanos y hermanas. El Espíritu Santo lo compartimos todos y todas, y todos pueden decir algo importante. Por eso, hay que organizar la Iglesia para continuar reuniéndonos, sobre todo, ahora que tenemos este Papa nuevo que nos va a

acompañar por mucho tiempo y va a continuar el camino sinodal e irreversible de Francisco.

Por lo tanto, no nos vamos a echar para atrás, vamos a seguir adelante en este camino y, por eso, no tengamos miedo porque el Espíritu Santo nos acompaña y nos saca de las situaciones más difíciles.

La experiencia que hemos tenido en Roma, quienes hemos elegido al Santo Padre, ha sido del Espíritu Santo. Aunque pueden presentarse algunas tentaciones, siempre prevalece la voluntad de obedecer al Espíritu. Y, para eso, había que rezar y ponerse de acuerdo en el perfil del Papa que necesitamos. Y la única manera de responder a eso es preguntarle al Señor.

Después de la predica que se nos dio antes de entrar al cónclave, hubo un silencio absoluto y dejamos que el Espíritu hable; de tal manera que nos pareció una cosa impresionante que Monseñor Prevost empiece a ser aceptado sin ser conocido. Y era impresionante porque los más conocidos, evidentemente, suelen ser los que aparecen primero, pero ya en la cuarta votación nos rendimos ante esa maravilla de una persona sencilla, pero con todas las cualidades que se necesitaban. O sea que no solamente la razón, sino el corazón es el que nos llevó.

Y, por eso, en esa experiencia espiritual, les he traído esta carpeta que tiene el símbolo de la Sede Vacante, y que se utilizó para que todos pudiéramos contabilizar y poner los votos en papeles que iban sostenidos aquí. Esos papeles son los que quemaron hasta que saliera el humo blanco. Y,

entonces, al final alguien dijo: “¿nos podemos llevar esto?”. Y ¿cómo no iba a traerlo si es la reliquia que nos recuerda que tenemos un Papa peruano?. Y lo he traído para que esté presente en el altar de Santo Toribio, que es también un santo peruano de nuestra tradición que murió en Zaña, en Chiclayo.

Y como los chiclayanos son los más alegres del Papa que tenemos, yo estaba pensando que podemos tenerla un tiempo acá (en Lima) y, si no podemos conseguir otro para Chiclayo, entonces, Lima le regala esta reliquia con total generosidad (aplausos). Y es nuestro homenaje a la diócesis de Chiclayo ahora que tenemos a un Papa que viene de allá, y le devolvemos todo el amor con el cual inauguró Toribio nuestra diócesis de Lima.

Imagínense que los norteamericanos decían: “Pero, si Chicago no queda en Perú”. Porque ellos habían pensado que el Papa hablaba de “Chicago”, cuando, en realidad, habló de “Chiclayo”. Y el Papa se ha acordado más de Chiclayo que de Estados Unidos.

Muchas gracias, hermanos y hermanas, y que sigamos siempre adelante como Iglesia solidaria inspirada en su Espíritu. Y, sobre todo, para los jovencitos, llénense del Espíritu Santo que van a recibir en la confirmación para ser testigos de Dios que nos ama.

Amén.